

CAPITULO XVIII.
*Ultima enfermedad del venerable siervo de Dios,
 y algunas particulares circunstancias de ella.*

113. **C**on que festivo alborozo da los últimos pasos el mísero (ya feliz) cautivo al descubrir de vista las puertas de su amada pátria despues de largos años de un triste y riguroso cautiverio! Los pasados trabajos, las aflicciones, los grillos, las cadenas, las prisiones de que se mira ya libre, considera allí trocadas en aquel instante en un sin número de gozos, de placeres y alegrías; y olvidando de improviso todas las pasadas penas de su infeliz esclavitud, solo ocupan su corazon los dulces consuelos de libertad tan deseada. Noventa años habia que se hallaba el venerable hermano y humilde siervo de Dios Fr. Bartolomé, gimiendo en el infeliz cautiverio de esta vida mortal, cargado con las molestas y pesadas prisiones de su carne, sufriendo las pensiones, penalidades y miserias de tan miserable y prolongado destierro, y suspirando para decirlo de una vez, por aquella dulce y felicísima pátria donde está el perpetuo descanso, la eterna vida, y el gozo verdadero. Noventa años que conversaba en este mundo con los hombres, y de ellos los treinta y nueve, mas que con los hombres con Dios en el santo y silencioso retiro de Chalma, á esta abanzada edad llegaba des-

pues de tan crudas penitencias, mortificaciones y asperezas, cargado de achaques y dolencias que le hacian intolerable la vida, y mucho mas con los vehementes deseos de ser desatado y libre de las miserables ligaduras de su carne, para verse con su amado Jesucristo, que era el tierno objeto de todas sus ansias. Fueron creciendo con estas las enfermedades, y aunque el P. Fr. Juan como tan interesado en su salud y en su vida (tanto ahora, que lo veia tan postrado, como en lo demas de ella que lo habia asistido) le rogaba que tuviese piedad consigo mismo, pues la sabia tener con todos: que templase el excesivo rigor de penitencias y ayunos: que tomase algun sustento mas del ordinario para reparar su mucha flaqueza y necesidad: que se dexase aplicar algun medicamento, especialmente para la ventosidad y las flemas que eran las que mas le apretaban y consumian: que todo esto debia practicar por caridad propia, y ver por su vida, y que advirtiese en la falta que habia de hacerle al santuario, y especialmente á él, que necesitaba de su consejo, exemplo y asistencia. A todas estas reflexiones que con afecto tierno de hijo le hacia Fr. Juan, no hacia el siervo de Dios, sino sonreirse, diciendo, que la tierra del cuerpo hacia su oficio brotando espinas y malezas de enfermedades; que á la maldicion que Dios le echó por el pecado,

poco podian aprovechar los humanos remedios, y quando algo aprovechasen, solo seria para dilatarle mas el destierro que tanto sentia el que se prolongase; que los ayunos y penitencias, las disciplinas y cilicios, la desnudez y cama dura, y las demas asperezas del cuerpo (que como contrarias á la carne se oponen en algo á la salud, y acortan los plazos de la vida) estaban canonizadas en la Escritura y en los exemplos de los Santos, pues S. Francisco supo que hubiera vivido diez años mas, sino hubiera tratado tan mal á su cuerpo, y no tuvo escrúpulo de ello, porque esos diez años que la penitencia le quitó de vida, le añadió de gloria. *No hay hijo mio, le decia, (con aquella teología, tan contraria á la sabiduria carnal y mundana, como fundada y segura que practican los Santos) no hay, hijo, que andar mirando, ni temiendo si se pierde la salud, si se acorta la vida; pues importa mas sujetar la carne al espíritu por medio de esos rigores, aunque sea en la vida de un año, que el dexarlo á sus malas inclinaciones en una vida de muchos siglos. Quien ménos mira por la salud del cuerpo, mira mas bien por él, y quien lo trata mal, es quien lo trata mejor. A la religion venimos para mirar por la eterna salud, no para dilatar la salud temporal; pues esta, años mas, años ménos, se ha de acabar; y aquella con años ménos en esta vida ha de durar mas; y*

con años mas en esta vida, ha de tener ménos de duracion los años que tuviere mas de vida el cuerpo. Y en orden á esto daba consejos tan santos y tan prudentes, que se podia hacer un tratado de ellos para ladearlos con los de los mas sabios escritores de las cosas espirituales: y lo que mas es, los practicaba tan exáctamente, que ni permitia regalo, ni descanso, ni medicinas á su cuerpo, sino en enfermedades violentas, (en lo qual lo contrario seria faltar á la caridad propia) ó mandándolo la obediencia, que entónces atropellaba con todo por obedecer á sus prelados.

114. Con este tenor de vida tan tirante en el rigor de sus penitencias, pasó sin afloxar, ni dispensar casi los treinta y nueve años que vivió en el desierto de Chalma: y siete meses antes del último aprieto de sus males, le arreciaron tanto estos, que sobre los antiguos achaques le creció de suerte la ventosidad, que no le dexaba ser dueño de su cuerpo, sino solo para sentir las molestias que le ocasionaba. Sobrevinole una fluxion tan violenta, y tan copiosa á las narices, que totalmente le privaba de la respiracion á menudo y lo ponía en extremos de ahogarse, y aun sin embargo, así iba pasando con su antiguo tenor de vida, sin admitir ni buscar alivios á sus males; antes se alegraba, porque los tenia por correos de posta que le avisaban la cercania de

su partida, y persuadido á esto, se daba mas á la oracion (si es que podia darse mas en su continuo orar) y á la contemplacion de aquella gloria inefable y de aquel sumo bien que en breve esperaba gozar, hasta que creciendo los dolores y accidentes que reconoció ser mortales, aconsejado de su confesor y de otras varias personas, y aun apretado de obligacion que le impusieron, hubo de pedir licencia á su prelado para ir á curarse á la ciudad de Toluca, que dista del santuario doce leguas, donde le ofrecia casa, médico y las demas asistencias necesarias para su curacion un grande bienhechor suyo. Pedida la licencia, no solo se la concedió su prelado, sino que aun se lo mandó, deseoso de su salud por lo que importaba su vida á la religion y al santuario. Conduxéronle finalmente á dicha ciudad, y á dicha casa, donde le asistieron quatro meses con los remedios que pudo alcanzar la medicina, y con el regalo que la caridad de tus huéspedes procuró contribuirle; pero á quien no acostumbró en quarenta años medicinas, y aborreció siempre los regalos, ni los remedios le hicieron efecto, ni los regalos le dieron mejorias; antes agravándosele mas las dolencias cada dia, trató de volverse á su cueva donde tenia en la santa imágen de su Crucificado dueño la medicina cierta de su alma, y el mayor regalo de su corazon. Y aunque muchas personas de autoridad, y

entre ellas el Dr. Nicolás de Escobár, y el P. Fr. Josef de Fontidueñas de mi sagrada religion le encargaban la conciencia diciéndole, que era temeridad estando tan enfermo ponerse en camino, y dexar la medicina y asistencia de una casa de tanta caridad, por irse á un retiro en todo desierto, y que era matarse; pero el santo varon con su acostumbrado encogimiento respondió agradeciendo su mucha caridad, y dixo, que no era matarse, sino irse á morir adonde se habia enterrado en vida, y adonde deseaba ser enterrado en muerte.

115. Volvióse efectivamente, y llegó á su amada cueva tan fatigado, que luego al punto se echó en la cama, que fué señal mortal, porque en ninguna otra ocasion por achacoso que estuviese, ni de su motivo, ni rogado por otro lo habia hecho. Agregósele otro bien penoso accidente, que fué una total relaxacion de vientre, por la qual todo lo que se le daba de alimento para ayudar al sujeto, lo lanzaba al punto del modo que lo recibia. Los dolores eran intensísimos; pero la paciencia á medida de ellos. Lebantábase algunos dias, sacando fuerzas de flaquezas, y sentado junto á la cama rezaba el oficio de nuestra Señora, y su santo rosario con mucha devocion y ternura de afectos: y ya que no podia oír misa, ni comulgar sacramentalmente por falta de comodidad, lo pro-

curaba hacer espiritualmente, con lo qual alentaba su alma, y daba fuerza al cuerpo en aquellos tres meses que le duró la vida, pues no podian conservársela ni el alimento, porque no podia retenerlo en el vientre, ni los remedios, porque no podian efectuarle, y solo le servian mas que de alivio, de tormento, y aun por esto no rehusaba el tomarlos; pues quien en la sanidad habia sido tan mortificado y penitente, aun en la enfermedad se servia de la misma acrimonia de los medicamentos para continuar su rígida austeridad, que sin interrupcion quiso llevar hasta el ápice de los últimos alientos. ¡Ah! perfecto imitador de su divino crucificado Maestro, en cuyo despedazado cuerpo habia aprendido azotes, espinas y tormentos para el tiempo de la vida; hieles, dolores y amarguras para la enfermedad de la muerte. ¡Que preparativos tan oportunos para llegar á aquel último momento donde habia de comenzar á gustar las dulzuras y delicias que le habia sazonado el sinsabor de una vida tan austera y penitente! Pero así con estos pasos procuraba acercarse á la eternidad, quien en el tiempo supo desengañarse de la vanidad de los placeres terrenos, para asegurar en la muerte la venturosa posesion de una eterna vida.

Recibe el sagrado viático, y se dispone para morir con otras circunstancias que precedieron á su dichosa muerte.

116. **T**al es la diferencia que se halla entre la muerte del justo y amigo de Dios, y la del impío pecador y hombre mundano, qual es la que ha habido entre la vida del uno y la del otro: alegre, festiva y placentera, llenó este en el mundo la edad floreciente de sus dias; todo lo que aquel gastó sus años en un continuo llanto, en asperezas, retiro y soledad; pero al acercarse á las dilatadas regiones de una espantosa eternidad, llega á trocarse la suerte en el uno y en el otro: las alegrías de este se convierten en los mas tristes remordimientos, pesares, desconsuelos y amarguras; y las penalidades de aquel en un torrente de consuelos, de gozos y alegrías. De esta notable diferencia hallaremos exemplos muy frecuentes, desde las plazas de la córte hasta el retiro de los claustros: aquí admiraremos la paz y tranquilidad del justo que duerme en el Señor; y allí la inquietud y turbacion del mundano que espira en los brazos de la vanidad. Apartemos ya de este la atencion y llevémosla á aquel que escondido en el triste retiro de una cueva, comienza à caminar con alegres y presurosos pasos há-

cia las puertas de una eternidad feliz y venturosa. Todo lo que este varon penitentísimo habia empleado casi la mitad de sus largos años en continuos lamentos, perpetuos gemidos y lágrimas frecuentes al compas de la disciplina, del cilicio, de la oracion y el ayuno, parece que trocó al último trozo de su vida en una alegría inesplicable, en un extraño gozo y regocijo festivo, aun mirándose complicado con tantos y tan molestos accidentes con que el Señor se sirvió regalarle en aquellos postreros momentos de su vida, para darle los últimos retoques á su invicta paciencia. Hallábase ya ciertamente á la vista de aquel parayso de delicias eternas, donde en breve habia de entrar á gozar el premio de sus trabajos; y no era mucho que rebozando el corazon en júbilos festivos, redundáse en el semblante con extrañas demostraciones de alegría, y de un contento admirable.

117. Dos ó tres dias antes de su dichoso fallecimiento, estando presentes su amado compañero Fr. Juan de S. Josef, la madre de este, (á quien, como ya vimos, sacó el santo varon de entre los brazos de la muerte) un hermano suyo con su muger, á todos los quales amaba mucho el venerable, no tanto por parientes tan inmediatos de su querido Fr. Juan, quanto por las prendas de virtud que en ellos miraba, quienes sirviéndole

de enfermeros, se esmeraban en curarle y cuidarle con grande amor y caridad: y viendo lo poco que aprovechaban sus diligencias en la curacion y asistencia que le daban, y que la naturaleza iba á largos pasos desfalleciendo; considerando igualmente la grande falta que habia de hacer un varon tan santo, á quien todos veneraban y amaban entrañablemente, no pudiendo el amor que le tenian, disimular el sentimiento, comenzaron á derramar tiernas lágrimas, que con un prudente silencio corrian por sus rostros. Percibiólo el siervo de Dios, y compadecido de aquella afliccion que mostraban muy en sí y en Dios, mirando con sereno semblante á Fr. Juan, á quien habia engendrado y criado en Cristo, le dixo. *No lloreis hijo mio, ni vosotros os aflixais hermanos míos, que ya es tiempo que Dios nuestro Señor tenga piedad de mi, segun su infinita misericordia; y no se olvidará de vosotros. Yo no soy menester acá, y así, no hay razon para mostrar sentimiento en que la voluntad de Dios se cumpla, pues es mostrar que no hay resignacion verdadera en ella. Natural es el morir, que no hemos de vivir acá siempre, que somos peregrinos; y pues es Dios servido por su bondad inmensa de que se acabe esta peregrinacion de tantos años para la verdadera pátria, no hay que afligirse hermanos míos, sino dar gracias á Dios, á quien alaben los Ange-*

les por siempre. Amén.

118. Habiendo llegado el día del glorioso S. Guillermo, asombro de penitencia, é ilustre ornamento de mi sagrada religion, pidió el devoto enfermo le ministrasen el sacramento Eucarístico en forma de viático, y habiendo enviado á Ocuy-la á avisar al P. Prior que mandase á un religioso que se lo ministrase, pasó entre tanto la noche de la víspera, y parte del día del Santo en oracion y lágrimas de dolor y contrición de los pecados de la vida pasada, como si hubiera sido en toda ella un grande pecador, y nunca los hubiera llorado. Viéndole tan afligido su compañero, se llegó á él, y le dixo: ¿Aflígele alguna cosa, padre? ¿Tiene algo que le dé pesadumbre? Respondió el santo varon diciendo: *no, bendito sea Dios, que este dolor y pesar que mi alma siente es por haberle ofendido tanto, y el no haber hecho penitencia de tantas maldades como abundan en mí; pero confío en su bondad infinita, que adonde la maldad abunda, sobrepaja y abunda su misericordia. Dèxame, hijo, angustiar y llorar.* Habiendo dicho esto se volvió hácia la pared y prosiguió diciendo: *Dios mio, ten misericordia de mí: lava, bien mio y purifica una y muchas veces mi alma: castigame, Señor, mas no como mis culpas merecen; sino con misericordia: que por los merecimientos de tu pasion Santisima espero ser salvo.*

Espectáculo raro por cierto, (exclama aquí quien lo vió y lo asistió) y caso para hacer temblar á los que no viven tan ajustados; ver á un hombre que estuvo treinta y nueve años en este yermo, cuya vida fué una continua penitencia, tan áspera y rigerosa como es sabido, y que llegó á estar de manera que no tenia sino la piel sobre los huesos, que no parecia sino un cadáver en vida, llorar y gemir así sus pecados! ¿Qué haré yo que tengo tantos?

119. El día siguiente á las nueve de la mañana llegó el P. Fr. Juan de Figueroa, reconcilióse el santo enfermo con muchas lágrimas y suspiros, y habiendo celebrado el dicho padre, compúsose el enfermo, y púsose en modo y postura decente por sí solo, aun con estar tan postrado que no se podia ni aun rebullir sino le ayudaban. Oyó la misa con grande devocion y ternura, y llevándole el sacerdote al Santísimo Sacramento, y teniéndole en las manos para administrárselo, se incorporó en la cama el devoto enfermo y arrimó á la pared, y juntando las manos con un fervor santo y piadosa ansia, que segun las demostraciones parecia quererse arrojar al suelo, y postrarse para recibirle de rodillas, en aquella devota postura, ya que no pudo en otra de mas humillacion, con notable ternura, devocion y lágrimas adoró y recibió á su divino dueño y Señor en

aquel pan de vida eterna. Estaba el rostro del santo viejo tan venerable, y tan devoto despues de haber recibido aquel divino Manjar, que causaba respeto y ternura á los que lo miraban. Quedóse suspenso en Dios como hora y media, y volviendo despues en sí, llamó á Fr. Juan y le dixo con ternura: *acuérdate, hermano, de lo que en muchas ocasiones te he dicho del servicio de Dios y gloria suya, que ha de ser el blanco de tus acciones, acerca del cumplimiento exácto de la voluntad Divina en todos sus consejos y mandamientos, en particular en la vigilante observancia de la regla de N. P. S. Agustín. Esto mismo te vuelvo á encargarte ya á la eternidad, á cuya vista hacen mas fuerza estas cristianas y religiosas obligaciones, y en el trance de la muerte es quando se imprimen con mas firmeza en los buenos hijos los saludables consejos de sus padres. Ya por la misericordia de Dios, á quien doi infinitas gracias por ello, es llegada la hora de mi partida, y por eso te repito y vuelvo á encargarte lo mismo: y te ruego estes muy firme y constante en su santísima voluntad.*

120. De estas palabras discurre el P. Fr. Juan de S. Josef que tuvo revelacion de la hora fixa de su muerte, porque habiendo afirmado así al P. Prior de Malinalco, como á él, que sin duda moriria de aquella enfermedad, algo mas le dixo, diciéndole: *que ya era llegada la hora.* Y esto lo

confirma con lo que le sucedió con el P. Fr. Juan de Figueroa, quien diciéndole al despedirse de él, que de muy buena gana se quedaria asistiéndole en aquel trance, si el P. Prior no le hubiera dado orden de que se volviese luego; pero que si queria avisaria al prelado, y enviaria por la Extremauncion. A lo qual el siervo de Dios agradeciéndole la caridad que deseaba hacerle, le respondió: *vaya V. R. sin cuidado, y pasado mañana me traerá el santo Oleo.* Fuese el padre y el santo varon se volvió á su interior recogimiento, en que pasó como elevado y suspenso, puestas las manos en una devota y reverente postura. Sin embargo de haber el santo enfermo expresado el tiempo en que habia menester aquel último sacramento, el P. Prior no aguardó al dia señalado, sino que al dia siguiente que fué lunes, le envió al P. Fr. Luis Sanchez que le administrase la Extremauncion, y habiendo venido dicho padre, como lo supiese el siervo de Dios, alegrándose mucho dixo: *aunque todavia no insta la Extremauncion; pero pues ha venido sacerdote á administrarla, por excusarles á los padres el trabajo de ir y volver, la pido por amor de Dios, y que se cumpla su voluntad.*

121. Recibió este sacramento como entre nueve y diez de la mañana, con notable reverencia y devocion, enteros los sentidos, moviéndose

él mismo por sí con modesta compostura para recibir las unciones, y respondiendo á las oraciones de la Iglesia que se dicen antes y despues, como si no fuera él el doliente, sino algun otro de los circunstantes. Habiéndole recibido se quedó un buen rato suspenso, y fixos en el cielo los ojos, como registrando con ellos el camino que en breve rato tenia de andar para entrar en él. Pasó este dia con gran quietud y serenidad de rostro, y sin hablar sino era siendo preguntado, y al dia siguiente martes pidió al P. Fr. Juan que escribiese al P. Prior de Malinalco en su nombre, rogándole le mandase avio de camino para irse á su convento, (sin duda porque deseaba morir como religioso dentro del claustro, y ser enterrado en la casa en donde comenzó á vivir á la religion) obedeciòle Fr. Juan; pero á la tarde de ese dia se hallò tan apretado de los gravisimos dolores que padecia, que siendo tan sufrido y callado en ellos, su vehemencia le obligò á declararlos, y á mudar de parecer en el viage que habia determinado à Malinalco: porque habiendo el P. Prior de allí en cumplimiento de su peticion mandándole el necesario avio de camino, y al P. Fr. Luis de Gaytan para que lo conduxese y acompañase en el camino, respondió el venerable enfermo diciendo á dicho padre, que le agradecia la caridad que venia á hacerle, y le pidió le diese de su par-

te al P. Prior el correspondiente agradecimiento, y le dixése que no se determinaba á ponerse ya en camino, porque estaba la naturaleza tan prostrada, que no estaba para hacer mas viage que el de la eternidad. Pero realmente era el que Dios no queria que faltase del todo de su santuario aquel siervo suyo; sino que partiéndose el alma al cielo, quedase el cuerpo en la cueva de la milagrosa imágen de aquel Señor, à quien tan fielmente habia acompañado y asistido en tantos años hasta el último dia de su vida.

122. ; Admirable providencia de tan divino y amoroso Padre! Aquel penitente asombro que en el tiempo de la vida habia hecho de su corazon al Señor un tan entero y agradable sacrificio, ofreciéndoselo en las aras de los mas tiernos afectos; y de su cuerpo la mas sangrienta víctima, degollando á los filos del llanto y del dolor todos sus carnales afectos, y consumiéndolos en el fuego de una áspera penitencia: este, pues, fiel depósito de santidad tan heroica no convenia que fuese colocado en otra urna, que en aquella que de derecho le correspondia en el rústico seno de aquella santa gruta que habia el centro de todas sus delicias; ni que despues de tan laboriosas tareas en los dias de su mortal carrera, durmiese el sueño de la muerte, ni descansase en otro lecho que el que amoroso le ofrecia aquel áspero suelo

regado tantas veces con los raudales de su sangre, y testigo de sus acciones mas heroicas. En virtud de lo qual, aquel divino Crucificado no permite el verse enagenado de aquel cuerpo, sí, de aquella tierra preciosa en que habia cogido tan sazonados frutos de las mas excelentes virtudes. Por tanto, su soberana providencia dispone que de aquel sitio no se apartase, y que desde allí hiciese su partida para la inmensa region de la eternidad; para lo qual lo impossibilita, lo inacciona, agrava sus dolencias, le abrevia los últimos instantes de la vida, y con presurosos pasos le acerca á los oscuros umbrales de la muerte; para que entregando en sus manos soberanas el aliento postrero de su espíritu, dexase allí sepultado su cuerpo, hasta que baxase del empireo su dichosa alma á unirse con él gloriosamente en el último dia de los siglos.

CAPITULO XX.

Fallece el siervo de Dios con evidentes señales de santidad, y es venerado de todos su bendito cadáver.

123. **Q**ue alegre, que gozoso y que festivo vuelve de la campaña y se acerca á las puertas de la ciudad triunfante el valeroso y esforzado capitan, que despues de una larga y muy reñi-

da batalla, despues de haber rendido á los enemigos, á costa de peligrosas heridas, de sudores, afanes y desvelos, despues de vencidas las asechanzas y estratagemas del contrario, despues de los mas fuertes ataques, y de los mas inminentes peligros á que expuso su vida, se restituye victorioso á gozar las delicias de las córte, donde le espera liberal el Rey, llenas las manos de dones, de gracias y mercedes para exáltarle y premiarle sus victorias, donde con cánticos alegres y dulces consonancias le aguardan los ciudadanos prevenidos de palmas y laureles para coronarle, y donde entra finalmente lleno de júbilos y aplausos á posesionarse de aquel trono que le merecieron sus heroicas hazañas y proezas, para gozar el mas abundante premio colmado de alabanzas, de triunfos y de gloria.

124. No ya las fútiles ansias y deseos de una caduca gloria, y de una diadema temporal y transitoria; sino la firme esperanza de un reyno eterno y de una corona inmarcesible, fue la que conduxo al campo de batalla á nuestro famoso héroe, y célebre campeón de santidad Fr. Bartolomé, á declarar viva guerra contra todos los comuneros del abismo, y escondido en el oculto retiro de una gruta, forma de ella un fuerte castillo para ponerse á cubierto de los furiosos tiros y asaltos del mundo; se defiende y guarnece con el pode-